

NARRATIVA



# ISLA NEGRA

CÉSAR ANTONIO SOTELO

**E**n el telón de fondo del horizonte, que como un cuadro cuelga frente a la extraña construcción de piedra, fantástica arquitectura que parece emerger de las entrañas de esa masa sombría de rocas que forman la isla, el sol apenas roza con sus dedos la frágil lámina del mar, iniciando su lenta despedida.

MAGALY HERNÁNDEZ: ¿Quién espera a los desplazados? 1.

Una tosca torre se destaca en el austero y casi salvaje paisaje; su convulso maderamen sostiene varias campanas, una de ellas de mayor tamaño que las otras, verde, oxidada, con una gran resquebrajadura, semeja la plena conciencia de la permanencia y el desamparo.

Frente al primitivo campanario, el mar se entrega a la tierra. La soledad que se presiente no es tal. Sentado en primera fila en una robusta silla que más parece un retorcido tronco, testigo del amoroso encuentro entre el cielo, el mar y la tierra, los ojos cerrados por el dolor o el sueño, la cabeza abatida, dormido o sufriendo en silencio el dolor, el anciano se integra al paisaje, mientras una suave música de sal y viento salmodia la tristeza de la tarde: el coro de las algas milenarias canta y las nereidas que bailan en las olas dulcemente le contestan:

“Aquí en la isla  
el mar  
y cuánto mar  
se sale de sí mismo  
a cada rato...”

“...dice que sí, que no  
que no, que no, que no,  
dice que sí, en azul,  
en espuma, en galope,  
dice que sí, que no...”

“... No puede estarse quieto,  
me llamo mar, repite  
pegando en una piedra  
sin lograr convencerla...”

“... con siete lenguas verdes  
de siete perros verdes,  
de siete tigres verdes,  
de siete mares verdes,  
la recorre, la besa,  
la humedece  
y se golpea el pecho...”

Arropado por el repentino frío que anticipa el fin del día, el anciano se estremece. En su rostro se crispa una expresión de angustia; su potente voz habla entre sueños, opacada por la opresiva sordina del dolor...

“... no golpees tan fuerte  
no grites de ese modo...”

...Abre los ojos sin despedirse del sueño. Incorpora su torso apoyando sus aún fuertes brazos en la madera. Tuerce su figura para mirar al

mar, para enfrentar al mar y le pide, le ordena, le espeta enérgicamente

“... abre tu caja verde  
y déjanos a todos  
en las manos  
tu regalo...”

Automáticamente, bajo el influjo de una fuerza inconsciente, el viejo intenta ponerse en pie. El esfuerzo vence su ya gastada energía y se deja caer en la silla, despierto sin despertar, la mente obnubilada por la tensión. El papel y la pluma que tenía a su lado caen en la arena, acompañados en su caída por un tenue susurro... “O envuélveme en tu manto y regrésame al origen de mí mismo.”

Las palabras susurradas son el mágico hechizo que materializa la figura de una mujer hermosa en su terrenal madurez de madre, enfermera y amante. El anciano contempla mudamente el mar. Aún no se ha percatado de la aparición que casi a hurtadillas se aproxima a su lado. Amorosamente, con admiración y miedo, ella planta sus rodillas en la arena y extiende su mano, gaviota de barro y fuego, que señala el horizonte.

—De nuevo hablando con él.

El misterio de la voz femenina logra atrapar el espíritu del cansado viejo que torna el rostro hacia ella al contestarle:

—Sí. Nunca me cansaré de invocarlo, de cantarle, de intentar descifrar su misterio con mis gastadas palabras, torpes herramientas en manos de un viejo gastado por el embate de sus olas.

—Hace frío. Debería usted entrar. Podría enfermarse.

—Tarde me llega su consejo. Ya estoy enfermo...

—Por favor, no juegue con eso. Sabe bien a lo que me refiero.

—Lo siento, no pude resistir la tentación de hacerme una broma cruel. Patoja, quite esa cara. Se parece usted a la “Panda” cuando se enfada. Está bien. Entraré en casa, con la condición de que no me siga mirando con esos ojos de perro al que le han arrebatado su hueso.

El anciano esboza una cara grotesca de súplica, una máscara tragicómica con la que intenta disipar la sombra de la enfermedad que sutilmente le atenaza desde hace varios años. Su interlocutora no puede reprimirse. Suelta una carcajada que es un grito de vida, una respuesta llena de esperanza para el hombre que ama.

—¡Con usted no se puede! No se preocupe, puede quedarse toda la noche si así lo quiere, contemplando a su adorado amigo.

—Es verdad. Somos viejos amigos. Tenía ocho años cuando lo vi por primera vez y el encuentro se me quedó grabado en la memoria. ¡Fue una fascinación tan grande! En



MAGALY HERNÁNDEZ: *¿Quién espera a los desplazados? 2.*

ese mismo momento supe que nunca más podría vivir sin mirarlo.

Ella se acerca más a él. Le pasa un brazo sobre sus hombros. Siente el cansancio de esos huesos que tanto han luchado. Intentan con su calor dar un poco de vida a ese hombre que la abandona definitivamente. Al contestarle, sus palabras son un vano intento por apartar el miedo que pesa, inexorable, sobre los dos.

—A mí siempre me ha dado un poco de miedo. En su incesante ir y venir, apacible a veces, encolerizado de pronto, benéfico y destructor, siento una promesa y una amenaza. Sí, sustento del hombre, sí, pero también tumba de quienes lo desafían... Además, hay algo en él que me atemoriza...

—Nunca me lo había dicho antes. ¿Qué puede atemorizarle de este buen amigo?

—No sé, a veces siento que en su seno se encuentra el misterio de la vida...

—Y el de la muerte; ambos son el mismo, misterios diferentes formando una unidad indivisible: la vida deviene inexorable en la muerte y la muerte nos devuelve irremediablemente a la vida... ¡Por eso me fascina! Desde niño presentí en el mar lo inefable...

El anciano duda antes de terminar su discurso. Las palabras se detienen en su boca, atrapadas por un sufrimiento íntimo, tan profundo que pareciera el dolor de todos los hombres. Finalmente, la oración toma forma y se desliza entre la arena y las piedras:

—Él conserva celosamente guardado el verso que ya nunca escribiré...

Ambos se quedan observando el crepúsculo en silencio. Vencida por su propio peso, ella abandona su postura, se sienta en el piso, absorta en la contemplación del hombre al que ha amado desde siempre, desde antes de conocerlo. Él mira el mar. Sobre la tenue sinfonía del universo marino en movimiento se escuchan las voces en contrapunto de las ondas.

“Allí en las cordilleras de mi patria  
alguna vez y hace tiempo  
yo vi, toqué y oí lo que nacía:  
un latido, un sonido entre las piedras...”

“De tantas cosas que tuve,  
andando de rodillas por el mundo,  
aquí, desnudo,  
no tengo más que el duro mediodía del mar,  
y una campana...”

“... Yo repetí en las puertas  
el sonido del mar,  
de las campanas...”

“De tantas cosas que tuve,  
andando de rodillas por el mundo,  
aquí, desnudo,  
no tengo más que el duro mediodía  
del mar, y una campana...”

Las palabras del anciano se escuchan por sobre la sinfonía del mar:

“Me vine aquí a contar las campanas...”  
“...que viven en el mar...”  
“...que suenan en el mar...”  
“...dentro del mar...”  
“...Por eso vivo aquí.”

Con un gesto casi imperceptible de su mano, acaricia el cabello de la mujer que sigue sentada a su lado.

—Por eso estamos aquí... juntos...

—¿Para contar las campanas?

—No. Para escucharlas por última vez.

—La música del mar, inmenso como la muerte...

—El mar es la eternidad...

—¿Cree en ella?

—Muy pronto lo sabré.

Ella besa la suave mano de ese anciano, ese extraño ser en que se ha convertido su amante, su compañero, su amigo. Aún no puede creer que el tiempo haya pasado tan rápido. Nunca se está preparado para ver envejecer a los que amamos. Repentinamente se pone de pie y lo mira, con la mirada de quien quiere evadirse de la realidad.

—El sol casi desaparece. Pondré la mesa. Le espero; por favor no tarde.

—Frío atardecer de septiembre... ¿Llegará a tiempo la primavera?

La mujer no le contesta. Sin decir nada, le da la espalda y se encamina a la casa, que se adivina entre las sombras. Cuando su silueta se ha perdido él la llama:

—¡Matilde!

Espera un momento. Ella no regresa. Él, entonces, le habla a su ausencia:

“¡Fue tan bello vivir cuando vivías!”

Un suave aleteo mancha el lienzo silencioso de la noche. Las olas salmodian su canción eterna. El anciano se incorpora; escucha atento; sonrío; su rostro es ahora un espejo de paz.

Barcelona, 2007.

Fragmentos de poemas de Pablo Neruda de los libros *Odas Elementales* (“Oda al mar”) y *El mar y las campanas* (“Hace tiempo, en un viaje”, “Inicial”, “Todos”, “Aquí”, “Final”, “¿Ahí está el mar? Muy bien, que pase”). 